

A Marco, Nicolás, Lucía y Miguel

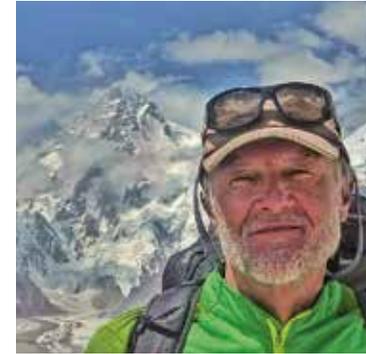
IN MEMORIAN

De mis hermanos, mi padre y los
compañeros que se fueron, Brian
Young y Simone Laterra.

PRÓLOGO

Fernando Garrido

Alpinista y guía de montaña



Cuando mi amigo Paco me dijo que estaba escribiendo un libro y me ofreció que hiciera su prólogo no lo dudé. Estábamos en Kathmandú, cada uno con sus clientes, y nos disponíamos a partir hacia las montañas. Paco ha sido siempre un apasionado de las montañas. En este libro nos relata, a través de sus diarios, las vivencias e historias vividas para lograr ser uno de los pocos que ha subido a las cumbres más altas de todos los continentes. De Alaska a la Antártida pasando por el Everest.

Explica con todo detalle sus ascensiones, y, sobre todo, sus aventuras y anécdotas. Me ha emocionado especialmente cuando explica cómo le sirvió el reto del Everest para salir de un enorme bache en su vida. La utilización de la montaña como superación personal... Ese tema siempre me ha interesado. El “juego” del montañismo para superarse a uno mismo ante los obstáculos que nos pone la vida.

Las grandes alturas tienen un atractivo especial, no apto para todos los públicos. Ese mundo es duro, frío, inhóspito, peligroso... Pero, entonces, ¿por qué volvemos? ¿Qué tiene ese mundo que nos hace volver allí arriba?

Yo creo que la montaña nos da mucho más de lo que nos pide. Regresas de allí con la sensación positiva de haber logrado tus objetivos, o de haber hecho lo posible por conseguirlos. El bienestar que se siente al volver a las comodidades y a la seguridad de nuestra vida diaria... eso no tiene precio.

Deseo que os guste el libro tanto como a mí y que a través de sus páginas podáis sentir lo que se siente en ese mundo de las grandes alturas. ¡Bravo, Paco!

PRESENTACIÓN

¿Por qué las Siete Cumbres?



En un campo de altitud de una expedición en el Himalaya.

¿Por qué las Siete Cumbres?

Todo forma parte de un largo sueño que comenzó a gestarse cuando era un niño, cuando descubrí las vibraciones que la naturaleza me transmitía. Al vivir mis primeras experiencias en el mundo natural, con mis padres en los pinares de Aguilafuente, mientras cogíamos setas; o cuando me escapaba mientras ellos comían o charlaban junto al cauce del río Cega, que yo recorría como un explorador a la búsqueda de toda clase de bichos; en esas experiencias, digo, se despertaron en mí las intensas sensaciones que ese mundo “salvaje” me aportaba.

Mi posterior acercamiento a la montaña fue un tanto silvestre y autodidacta. Unas veces con mis hermanos David y Curro; otras, con algún amigo al que “engañaba” con la posibilidad de encontrar animales. Porque confieso que eso era lo que de verdad me atraía poderosamente cuando era un chaval, algo que se convirtió en el cebo para acercarme a este maravilloso mundo de las montañas.

No debía tener ni 12 años cuando convencí a mi amigo Manolo, que era dos años mayor que yo, para subir a la Mujer Muerta desde Segovia. Antes de entrar en materia, permítanme que les ponga en antecedentes. Éramos pajareros, estábamos acostumbrados a caminar por campos desde muy niños, a pasar frío en las largas esperas durante las primeras horas del día, al alba, mientras aguardábamos agazapados con nuestros reclamos. ¡A veces las pasábamos canutas! También habíamos llevado a cabo otra actividad, relevante en esa temprana edad, que se convirtió en mi “primer trabajo” remunerado. Recuerdo que me pasé un verano entero junto a este amigo mío, Manolín, a la caza de todas las culebras vivas que podía, y que luego le llevábamos a un personaje de Segovia que había puesto en marcha una especie de pequeño zoo con el que atraer a la gente a su tienda de muebles, la cual era su verdadero negocio, ubicada en la conocida calle de San Francisco de la ciudad del acueducto.

El caso es que Manolín y yo peinábamos cada día las riberas del río Eresma en busca de culebras de agua, que eran las que le gustaba comerse al cocodrilo que vivía en aquel antro. Estas eran menos peligrosas que otras, pero no dudábamos tampoco si veíamos una culebra escalera, alguna bastarda o incluso víboras, pues nos las compraba todas.

Ese aprendizaje salvaje y a veces peligroso me permitió criarme en la naturaleza y beber de fuentes y conocimientos a los que no tenían acceso otros niños de mi edad. El dinero que ganaba lo gastaba inmediatamente en la compra de libros de animales con los que me quedaba absorto y releía de seguido una y otra vez. Eran un verdadero tesoro que había elegido tras observar con minuciosidad y durante horas el escaparate de las librerías Castro y Segovia, y, en su mayoría, recogían las andanzas y aventuras de mi admirado y querido maestro, el doctor Félix Rodríguez de la Fuente.

Así, mi amigo y yo nos pasábamos las tardes y las noches acompañados de nuestros perros callejeros mientras charlábamos de los pormenores de todos nuestros “bichos”. Recuerdo que llegué a tener más de cien pájaros en casa y me dedicaba a la cría; pero, además, tenía tortugas, ranas, peces, culebras, varios



Acompañado de Enrique y Curro en los Alpes.



En un camping de Chamonix, en la primera ascensión al Montblanc.

hámsters, lagartijas, un hurón y una víbora. Mi madre, claro está, hacía tiempo que me había dejado por imposible.

Así que, como les decía, un día convencí a este amigo para que me acompañara a realizar una salida a la montaña. Ignorantes pero ilusionados, decidimos salir muy temprano, nada menos que caminando desde Segovia, para intentar subir a la Mujer Muerta, una conocida sierra que el sistema central formó en nuestra tierra durante la orogenia alpina. Tiene una forma tan caprichosa que parece el cuerpo de una mujer tumbada, lo que ha propiciado la existencia de múltiples leyendas a su alrededor. Anduvimos hasta el pueblo de Revenga, donde nos entró el apetito, pero como no habíamos sido previsores y no llevábamos de nada, tuvimos que rascarnos el bolsillo y comprar un par de latas de conserva de sardinas y calamares que se convirtieron en auténticos manjares cuando, alcanzada ya la “oreja de la cabeza” de la Mujer Muerta, sentimos la imperiosa necesidad de dar buena cuenta de ellas, pues habíamos llegado a nuestro límite y ya no nos respondían las piernas. Fue entonces, ya exhausto, pero arriba del todo, cuando experimenté por vez

primera lo que suponía exponerse al límite físico y psicológico, cuando descubrí esa sensación de bienestar que supone dar una vuelta de tuerca más en la revelación profunda y personal de tus posibilidades. Era ese límite de nosotros mismos que solo llegamos a conocer cuando nos ponemos a prueba.

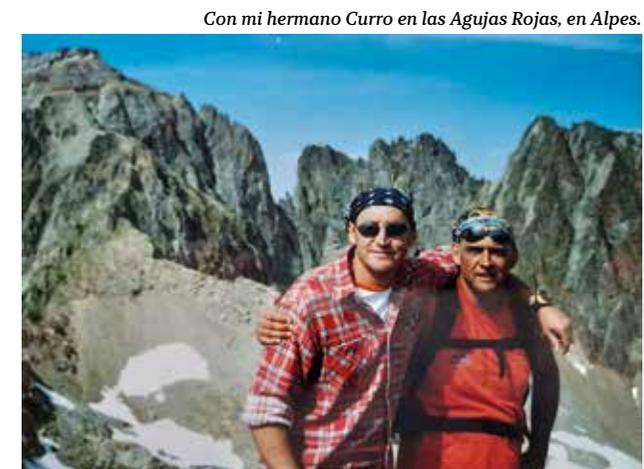
Aquella no fue la primera ocasión en que subía a la montaña, pero sí se trató de la primera burrada de muchas otras que vinieron después. Desgraciadamente, no tuve un maestro en aquella privilegiada edad. Nosotros, ignorantes totales, probábamos todo lo que la calle nos ofrecía, en una época en la que era la escuela de todos, con lo que ello suponía. Así que después de practicar otros deportes como la bicicleta (que se me daba bien, pero en la que no encontré el apoyo como para tener una bici que no fuera un hierro), lo fácil y previsible fue sucumbir a la *litrona* y los canutos. En un ambiente así, la montaña se alejaba.

Después de diversos trabajos hube de cumplir con un duro servicio militar obligatorio. Intenté librarme de él, al igual que otros colegas, pero no lo debí de hacer muy bien porque lo que conseguí fue tragarme trece meses de una mili muy dura en la provincia de León, donde “chupé” más guardias que la garita.

Superado esto fue cuando, junto a mis hermanos, comencé a salir de acampada y a realizar alguna que otra salida a la montaña. Un gimnasio que había cerca de mi casa, El Pifa, se convirtió en un gran apoyo a la hora de entrenar cuerpo y mente. Allí me sumergí en el mundillo de las artes marciales, en concreto el *full-contact*, una disciplina en la que el entrenamiento duro y la concentración son fundamentales, lo que, posiblemente, me enriqueció en el aspecto psicológico.

Estos avatares de mi vida acaecían al tiempo que iban apareciendo personas que fueron determinantes en mi relación con la montaña, como los Peñalosa, los amigos de mi hermano Curro, que fueron para mí, sin duda, la primera “revolución” montañera. Salíamos con asiduidad a hacer caminatas o esquí de fondo; y también realicé con ellos las primeras salidas a los bellos Pirineos.

El inicio de mis estudios en un curso de técnicos organizado por la Federación Madrileña de Montaña me puso en contacto



Con mi hermano Curro en las Agujas Rojas, en Alpes.

con Enrique de las Heras, El Capitán, quien pronto se convertiría en mi maestro. Él fue el verdadero hacedor en el arte de modelar la forja de este humilde montañero. Su disciplina, combinada con su camaradería y generosidad en todos los ámbitos de la vida, despertó mi admiración e impulsó mi aprendizaje. Su dureza en la didáctica supuso que, en ocasiones, bramáramos por dentro, ¡casi ni hacer fotos nos dejaba!, y exigía con total rigor la absoluta concentración en lo que estábamos haciendo. Pero, al mismo tiempo, éramos conscientes de ser unos privilegiados y de que en ese equipo no valía quejarse.

A veces nos decía: "¡Vamos a dar un paseo!;" y, cuando regresábamos, nos dábamos cuenta de que había transcurrido toda la jornada y habíamos ascendido un *tresmil* en Alpes con 1.800 metros de desnivel. ¡Cosas del jefe!

Siempre nos dejaba claro que no estábamos jugando, que lo que hacíamos era peligroso; ahora bien, al terminar la actividad podías llegar a morirte de la risa gracias a su humor que, unido a su talento intelectual, hacía las delicias de quien ha tenido y tiene la suerte de conocerlo, aunque solo haya sido mientras tomaban unas cervezas.

Decía que para ser un alpinista completo había que cumplir con tres premisas: era importante saber escalar, esquiar y desenvolverte en la alta montaña en diferentes condiciones. Con él tuve la suerte de aprender a escalar en clásica y a ponerme los crampones en lugares que ni en sueños hubiera imaginado; y me tocó instruirme también en el esquí de travesía. Apoyados y ayudados por él, recorrimos lugares únicos y salvajes.

Aun cuando ya me encontraba muy cercano al mundo de las montañas, es indudable que esa suerte de haber sido "conducido" por este maestro, ha sido totalmente determinante para mi futuro vital y montañero. Enrique nos enseñó a respetar y tomar muy en serio la montaña, así como a ser austeros

Vista del Kilimanjaro desde el barranco Hut.



de verdad. Puedo dar fe de que, en mi caso, esa preparación técnica y mental me vino muy bien para afrontar con solvencia retos posteriores.

Más tarde, tras leer algún libro sobre el reto de las siete cumbres, me embargó la idea de lo maravilloso que podría ser vivir eso. Lógicamente, tan solo era una quimera por aquel entonces, pero el caso es que este proyecto siempre me ha parecido muy completo. No es solo por su espíritu y personalidad ligada a la montaña y al alpinismo, sino porque aúna esos ingredientes de todo lo que me apasiona: montañas, viajes, naturaleza y un amplio y colorido catálogo de aventuras. Abría ante mis ojos la posibilidad de vivir los fríos y secos vientos de los Andes y los insoportables ventarrones del Cáucaso ruso; de caminar por los hielos perpetuos de Alaska o la Antártida, y por las selvas más remotas de Papúa; de recorrer las sabanas de África y subir a la cima del Everest. Un recorrido fantástico, increíble y, ciertamente, intenso.

Comencé a escribir este Diario de las Siete Cumbres en enero de 2004, en el Aconcagua, que siempre había sido un bonito objetivo. Marché con la mirada puesta en vivir una aventura en “una montaña grande”, la cima más alta de América, una montaña mítica, con ganas de probar mi autonomía, destreza, aclimatación y supervivencia en solitario. Era la ocasión perfecta para poder demostrarme a mí mismo si era capaz, en primer lugar, de alcanzar esas altitu-

Tras instalarme en el campo IV del Denali.



Paso de los Ginebrinos, camino del campo IV del Everest.

des sin problemas, además de poder realizar la ascensión solo. Estaba deseoso de ponerme a prueba antes de acometer otros retos más comprometidos.

Pero he de confesar que aún no tenía en la cabeza la idea de completar el reto de las siete cumbres. No fue hasta descender del Everest, una vez que ya tenía cuatro de las siete cimas realizadas, cuando me planteé la posibilidad de intentar acabarlo.

He tenido la gran fortuna de poder ascender montañas por todo el mundo, estoy agradecido al destino por ello, debido, entre otras cosas, a mi trabajo como guía de montaña durante más de veinte años. El enriquecimiento que me han aportado todas esas vivencias, algunas mágicas y entrañables, otras ásperas y duras, conforman la columna vertebral de este sencillo diario, repleto de anécdotas que he intentado plasmar de manera absolutamente fiel a como han ocurrido, sin caer en la tentación de exagerar o adornar nada. No hacía falta, lo sucedido fue intenso por sí mismo. En este punto, mi único deseo es que cuando comiences la aventura de leer este humilde y estrambótico diario, camines por sus páginas, inmerso en cada expedición, por esas tan bellas como duras montañas que adornan nuestro planeta.